obedecidas más que á medias. Trajeron al señor de Morin el caballo que le quitara la víspera á Abu-Zamil, pero ofrecieron un camello á José. Al ver el infortunado criado este animal, estuvo á punto de desmayarse.

-No, no, prefiero ir á pie, no quiero came-

llo, nada de camello.

—Es imposible—le dijo su amo,—si nos sigues á pie no vamos á llegar á Djeddah en tres días.

Afortunadamente el intérprete Omar, acostumbrado al camello desde la niñez, cedió su caballo á José y tomó la montura de éste.

La pequeña columna europea, compuesta ahora de diez hombres, contando al jefe, que le llevaban dos hombres sujetos en el centro, tomó el camino de Djeddah.

Diez beduínos los seguían á una corta distancia, como había quedado convenido.

## XXX

«¡Nos lo han devuelto! ¡Nos han devuelto á todos! ¡Yo me poseo de gozo; mi corazón se desborda! Esos hombres son admirables, querida amiga. ¡Y qué simplicidad! Si interrogo al señor de Morin, se niega á contestarme y hablarme de él. Afirma que sus aventuras en-

tre los salvajes no merecen ni siquiera referirlas; que sólo se trata de una excursión, que ni debe figurar en nuestras notas de viaje. Pero si por casualidad pronuncio el nombre de Periéres ó Delange, johl entonces es muy diferente; exclama en seguida que han estado incomparables.

Parece mentira—dice—que Delange sea un médico; de seguro nos oculta su pasado; ha debido servir en los zuavos ó en los cazadores de Africa; está aguerrido y disciplinado como un soldado viejo, y es intrépido como un

cadete.

En cuanto á Periéres, no se sabe que es más digno de admirar en él, si su audacia ó su

sangre fría.

Afortunadamente el literato y el médico nos edifican á su vez acerca de Morin: afirman que su serenidad es incomparable; su resignación, su valor y su energía. Su buen humor y su alegría no le abandonan nunca, y á esto sólo, aseguran, es á lo que deben haber salido sanos y salvos de esa aventura.

Parece que al acercarse á Djeddah, tropezó la pequeña caravana con nuevos peligros. Los beduínos que la seguían, estuvieron á punto de atacarla; pero el buen humor de Morin sal-

vó la situación.

¿Queréis creer, amiga mía, que pudo obtener víveres para su tropa, que, dicho sea de paso, les hacían gran falta? Se detuvieron á las dos de la tarde en una especie de oásis que se hallaba en el camino y almorzaron, con el revólver en la mano, por supuesto. José era el encargado de servir á los europeos y á los beduínos, y éstos últimos se reían á más no poder; pues paso por alto muchos episodios de esta excursión. Soy demasiado descuidada para hacer una narración perfecta. ¿Qué queréis, querida, creo que siempre estáis á mi lado, y me parece que todo lo veis.

Parece que este almuerzo ha sido de lo más cómico: las mujeres del aduar habían hecho la vispera cuzcuz, que es el manjar predilecto de los árabes, y al momento de marchar pusieron en los camellos para las necesidades

del viaje.

Nuestros amigos lo probaron, encontrándole exquisito, y a su vez ofrecieron á los beduínos muy buen tabaco y cigarros, con lo cual lograron ponerlos de buen humor. Pero pronto llegaron al paroxismo de la alegría. Cuando terminó el almuerzo, el señor de Morin manifestó deseos de dormir, lo cual era muy natural; pero el señor Delange le respondió:

—Perdonad, querido amigo, es preciso pensar en nuestra pequeña partida. Aún no ha tenido lugar hoy, y si volvemos á montar á caballo, se hará muy difícil; de modo que creo que este es el momento más oportuno.

-Me estoy cayendo de sueno-dijo el jo-

ven pintor, defendiéndose.

—Lo mismo me sucede á mí—repuso Delange;—pero descansar un momento, nos sería funesto. Mientras no podamos dormir veinticuatro ó treinta y seis horas seguidas, vale más que nos abstengamos. Así es que mientras nuestras cabalgaduras pacen un poco, podemos, si gustáis, jugar una partidita.

—Supongo que no habéis pensado en traer

baraja—dijo de Morin.

—Es, por el contrario, lo único en que he pensado. He olvidado el agua, los bizcochos, todo, menos las cartas.

-Vamos pues-dijo el pintor con resig-

nación.

Sentáronse el uno frente al otro sobre la arena, y se pusieron á jugar. Los beduínos, intrigados de una pantomima que no conocían, se acercaron. Cuando vieron todas aquellas figuritas encarnadas y negras, aquellos reyes, damas y sotas confundirse y precipitarse unos dentro de otros, se vieron acometidos de un nuevo acceso de risa, no menor al que experimentaran cuando la ocurrencia de José.

Apenas terminó la partida, se precipitaron sobre las cartas, queriendo sorprender sus se-

cretos: el señor Delange se las regaló.

Nuestros pobres compatriotas estaban rendidos cuando llegaron al consulado. Pero la alegría que hemos sentido al verlos los ha animado. «¡Ah, señora Poles—me decía el señor Delange,—al veros se me quita el sueño!»—Este doctor es encantador; ya no le miro con malos ojos por su afición al juego; he llegado hasta el punto de amar sus mismos vicios.

En cuanto al cónsul francés, ha quedado muy satisfecho del triunfo alcanzado por sus compatriotas. Nos ha aconsejado, sin embargo, que nos alejásemos de Djeddah lo antes posible, pues temía que las autoridades turcas, envidiosas de nuestro triunfo, y humilladas por la inercia de su nulidad, suscitasen algún disgusto, ó hicieran que nos buscase el pueblo alguna cuestión.

—Es preciso no olvidar este dictamen, tan conocido en el país de los musulmanes: «El cuerpo de un infiel no merece que se tome un chacal la molestia de devorarlo.»

Estos señores encontraron en el muelle al beduíno Abu-Zamil, que los esperaba para reclamarles la recompensa ofrecida. Periéres hizo que se le entregase inmediatamente. Es un regalo muy mal colocado; pero los europeos deben enseñar á estos bárbaros que una palabra que dan es una palabra cumplida.

Nuestro vapor se ha hecho à la mar en cuanto estuvimos à bordo, mientras que el pabellón del consulado francés nos saludaba à lo lejos.

Ahora nos dirigimos en línea recta hacia Suakín. Tenemos que atravesar el mar Rojo por su mayor anchura, y bajar algunos grados hacia el Sud.»

## XXXI

«He suplicado á Periéres os contase nuestras aventuras con las árabes y os refiriese la danza de las bayaderas. Se trataba de narraciones conmovedoras, de cuadros pintorescos; un hombre de letras podía haberlas dado interés y colorido. Hoy sólo es cuestión de enviaros algunos diseños de las comarcas que recorremos estos días; y puedo, sin peligro para vos, aunque incomodándoos, encargarme de esa obligación. No esperéis más que una especie de itinerario; notas de viaje hechas al vuelo de la pluma, ó mejor dicho, del lápiz, al borde del camino y sin más mesa que mis rodillas.

Lo que puedo deciros es, que siempre seré sincero y verídico; pues soy incapaz de inventar ni aun de exagerar para distraeros. Podéis además comprobar fácilmente mis narraciones consultando los viajeros que han seguido el mismo camino que yo, desde Suakín á Kartum, pasando por Berber; tales como: Combes, en 1834; Beurmann, en 1860; de Heuglin, en 1864; Schweinfurth, en 1866. No olvidéis que Berber se llama también, según los ingle-

ses, El Mecheref, y según los alemanes, El Mecherif.

Hago caso omiso de los demás itinerarios que pueden referirse para ir desde Souakín á Kartum, pues muchos viajeros han ido allá por el Nilo sin pasar por Berber. Werne, en 1841; Baker, en 1861, y Lejean, en 1864, bajaron al mar Rojo hasta Massouah, llegando á Kartum por Kéren, Kassala y el río Azul.

Sabed que todos estos puntos están bajo el dominio de Egipto y forman parte del Sudán oriental ó Sudán egipcio; así, pues, no debéis esperar aún á que os refiera aventuras muy notables. Espero que llegarán más adelante, pero por el momento cada cosa debe quedar en su lugar. Tened paciencia, pues cuando tenga algo imprevisto y maravilloso que relataros, cederé mi pluma á Periéres y seréis dichoso

Por el momento, sólo es cuestión de recorrer una comarca civilizada á medias, donde dominan las costumbres turcas y egipcias y donde existe ya una estación telegráfica. Ya véis que no estamos aún entre salvajes.

El día 6 de Noviembre de 1872 desembarcamos en Souakín. Gracias al gobernador Muntas-Bey, que dicho sea de paso es un hombre excelente, pudimos albergarnos con nuestros criados en una casa de ladrillo de bastante buena apariencia.

Preciso es decir que Souakín ha adquirido gran importancia desde que Egipto se le quitó á Turquía, quedando por consiguiente bajo el dominio de la primera. En una de sus ca-

lles se ve una panadería, cosa inapreciable en un país en donde hace diez años sólo podía comer pan el gobernador, y aun así era pan de centeno. Pero lo que cambia por completo á Souakín, bajo el punto de vista moral, es su nuevo acueducto. La mujer no será ya un animal de trabajo destinado á ir en busca de agua fuera de la ciudad, y el beduíno tendrá otra ocupación que la de procurarse el esclavo indispensable para el temible oficio de aguador. No os podéis figurar, querido amigo, la tristeza que experimenta todo europeo al ver las pobres ancianas, enfermas muchas veces, arrastrándose por la abrasadora arena, llevando pesados cántaros en la cabeza. Las jóvenes, y bonitas, tampoco se libran de este trabajo: su talle flexible, y sus caderas débiles aún, se doblan para siempre, bajo el peso de dichos cántaros. ¿Por qué, direis, no emplean animales para este trabajo? Sencillamente porque cuestan más de mantener que los esclavos.

También se han modificado otras costumbres desde la anexión: el traje europeo, que hubiera causado en otro tiempo un gran escandalo, apenas llama hoy la atención. Eso no quiere decir que los europeos y egipcios sean aquí los que están en mayoría. Durante la estación de las lluvias, bajan de las montañas bandadas de beduínos, y plantan sus tiendas de campaña al Sud de la ciudad. Pero esto sucede en lo que puede llamarse propiamente un arrabal, situado en el Continente, pues Souakín se encuentra en una isla; sólo en esta par-

te se ven algunos edificios, como la Aduana, la estación telegráfica de Inglatera, el Diván y algunas mezquitas. En cuanto á los jardines públicos ó particulares, no hay ninguno; sólo he pedido ver una plantación de palmeras, traídas con gran trabajo, y plantadas en el patio de la casa de un gobernador. Así es que aquí el calor es terrible y os aseguro que tenemos grandes deseos de llegar á las montañas.

Solo esperamos, para ponernos en camino, tener camellos y camelleros, lo cual no es tan fácil de conseguir, pues las exigencias de estos últimos aumentan de día en día hasta el punto de ser intratables. Como José le tiene tal horror á este animal, he tenido que proporcionarle otra montura. Es ésta un asno bastante vigoroso para poder llevar á ese cuerpo tan pesado, pero tan pequeño, que los pies le arrastran y parece que el borrico tiene seis patas. Tampoco quiere ya ni oir hablar de albornoz desde su aventura; se ha inventado un traje de fantasía, con el cual y con lo gordo que está, tiene todo el tipo de Sancho Panza. No vayáis por esto á comparar físicamente su amo á don Quijote: moralmente, la comparación me adularía.

En cuanto á la señora Beatrix Poles, no ha querido caballo, camello, mula, ni asno.

—Tengo mis pies—dice; —me bastan y me encuentro muyfeliz pudiéndome servir de ellos; no sólo no tendréis nunca que esperarme, sino que iré más deprisa que vos; las caravanas de este país parecen un batallón de tortugas.

Nuestros camellos, en número de veinte,

están reservados á nuestros dos intérpretes, nuestras tres nubianas, y nuestros equipajes personales, puesto que los demás los mandamos directamente á Khartum, como os he dicho ya.

Os suplico me dispenséis todos estos detalles, pues eran completamente indispensables para que pudieseis seguirnos.

Pensamos tardar unos quince días en llegar al Nilo, sin apresurarnos: desde Suakín á Berber hay ciento trece horas de camino según Beurmann, y ciento ocho según Heuglín, lo cual viene á ser lo mismo. Schwenfurth hace el cálculo por millas y cuenta ciento setenta y cinco. Se trata de la milla marina, de sesenta por cada grado, que representa mil ochocientos cincuenta y dos metros. No olvidéis este detalle. Es preciso no confundir, como confunden muchos, la milla con el kilómetro.

## XXXII

«Marchamos: los camellos están ya cargados; los camelleros, armados con sus palos, van al lado de los primeros. La señora de Guéran cabalga sobre su mula; estos señores y yo sobre nuestros caballos; José sobre su burro, y nuestros criados van encaramados en

sus gigantescas monturas. La señora Poles, que lleva un traje pintoresco de viaje, una toquilla á la cabeza, un velo muy grande, verde, y una porción de chismes colgados á la cintura, levantada la falda y sujeta por medio de salvabarros, y cubiertos sus grandes pies con unos botines amarillos, se mueve, se agita, da un consejo á éste, una orden á aquél y se pone á la cabeza de la caravana.

—¡Dios míol—exclama Delange:—¡va á espantar á los pájaros con su traje, y es lástima, porque dicen que por aquí los hay muy bo-

nitosl

Han acudido algunos árabes á despedirnos, y nos han prodigado una colección de Kattarkherak (Dios aumente tu felicidad). Correspondimos lo mejor que pudimos á estos aga-

sajos y nos marchamos.

Antes de abandonar Souakín pasamos por el Foullah, que es el arrabal reservado á los beduínos. Habitan en una especie de campamento, formado con tiendas de campaña, hechas con esteras y sostenidas por ramas de acacias. Algunos se acercan hasta llegar á nuestro lado, y nos desean feliz viaje. Nos fijamos en sus albornoces, que son diferentes á los que llevan en las ciudades; en lugar de ser blancos, son de un color oscuro más sufrido.

La señora Poles, que va en este momento á mi lado, y para quien nada pasa desapercibido, me llama la atención sobre unos hombres muy guapos, de muy buena traza y enér-

gicas facciones. Ya hemos abandonado la ciudad y marchamos por un llano muy grande, situado entre el mar y la montaña. Enormes rocas negruzcas, esparcidas á uno y otro lado, nos detienen á cada momento y nos obligan á hacer un rodeo. Acabo de estudiar nuestros camellos, que dan de 70 á 75 pasos por minuto. Si los pegan ó los azuzan los dan más largos, pero su número no aumenta. Ya veis que la señora Poles puede luchar con ellos fácilmente.

Empezamos á subir la montaña y ya ha variado la temperatura. A pesar del sol, las bocanadas de aire que azotan nuestro rostro nos devuelven la energía perdida, gracias al

calor sofocante de Souakín.

Pero se termina el día: la jornada ha concluído para nosotros y para nuestros cuadrúpedos. Han descargado los equipajes, poniéndolos en orden á fin de hacer imposible toda sustracción, y formamos una especie de muralla. Mientras los camellos buscan algún pasto en la pradera vecina, sus amos recogen algunas ramas y encienden una hoguera para asar su comida, que se compone de granos de dourah tostados.

En cuanto á nosotros, hemos querido celebrar alegremente nuestro primer día de marcha; extiéndense en el suelo nuestras mejores provisiones, se abren algunas botellas y se sienta uno á la mesa, es decir en las sillas de los caballos, los baules y cajas; jamás se ha visto comida más alegre, querido amigo.

Nos hallamos en este momento en un cerro cuya vegetación es incomparable. Delange, que es un botánico consumado, nos hace admirar magníficos dragoneros, euforbes, alves y gigantescos arbolados de salvadora. Todas estas plantas, lozanas y hermosas, rodean nuestra verde pradera. El alcanfor, la menta y el tomillo exhalan sus perfumes, mientras que las estrellas empiezan á brillar sobre nuestras cabezas, y la luna, medio escondida aún detrás de la montaña vecina, nos envía su luz. Es una verdadera noche de Francia, una noche de Julio ó Agosto.

Mientras gozamos de este hermoso tiempo y esta no menos hermosa vegetación, arman y amueblan nuestras tiendas de campaña; siguiendo buenos consejos para evitar la humedad, hemos traído una especie de cuadros llamados angareb, sostenidos por cuatro pies y cubiertos con una especie de tejido hecho de piel de buey; una estera colocada encima nos sirve de colchón. Ya veis, querido amigo, que nos permitimos todas las comodidades posibles y no envidiamos los mejores boudoirs que podáis frecuentar.

Henos en Singate, residencia veraniega de los habitantes de Souakín, y campamento formado por los beduínos de la tribu de los Bischaris, llamados vulgarmente Bischarins. Singate, que está situado en un ancho valle encerrado por largas cordilleras de montañas, pasa por uno de los países más sanos. Al despedirse de nosotros el Gobernador de Souakín, nos dijo que teníamos su residencia á nuestra disposición. Así es que nos espera el jefe de la pequeña guarnición egipcia, que protege la comarca y somos objeto de los mayores honores.

Comemos bajo una acacia inmensa, cuya copa se extiende á lo lejos y cae en forma de paraguas. Nuestro oficial cree debernos presentar por la noche dos abisinias, cuya afición á los viajes hace ir al Sudán. Pertenecen á una clase elevada; iba á decir que son mujeres de la buena sociedad. Sus facciones son finas y se parecen algo al tipo europeo; sus labios son gruesos, pero no recuerdan, sin embargo, los de las negras; sus dientes de una blancura admirable, su nariz alargada, y su color amarillo dorado. Delange me hace fijar en la perfección de sus talles; pero el doctor, transtornado por las bayaderas, cree estar viendo sin cesar á aquellas mujeres que han hecho época en su vida.

En cuanto á mí, me contento con hacer el retrato de las abisinias: van descalzas, siguiendo la moda de su país, donde únicamente algunas princesas se permiten el llevar zapatos de cuero amarillento, y su cabello, negro como el ébano, brilla tanto al sol, que le pido explicaciones á nuestro oficial. Se apresura á contestarme que para obtener una especie de barniz prescrito por la moda, se ponen un pedazo de manteca en la cabeza, el cual no tarda en fundirse, engrasándolas desde la punta del cabello hasta los hombros inclusive.

Por más que le digo este detalle á Delange no se inmuta, y es tanto su entusiasmo, que ni quiere ver ni oler la manteca y continúa prodigándolas toda clase de atenciones, escandalizando así á la señora Poles.

Cuando hemos querido alejarnos esta mañana del pozo de Kakreb, donde hemos pasado la noche, no hemos podido hallar á la señora Beatrix. La han llamado, la han buscado en vano, y se han mandado intérpretes en todas direcciones; pero no se la ha podido encontrar.

Uno de los camelleros dice que no ha dormido en toda la noche y que no la ha visto

entrar en su tienda de campaña.

¿Se la habrán llevado algunos beduínos

demasiado inflamables?

190

Sería horrible... para ellos.

## XXXIII

«Esperamos á Beatrix Poles por espacio de una hora más, y viendo que no volvía nos pusi-

mos de nuevo en marcha.

¿No nos había dicho muy á menudo que no nos inquietáremos por ella, que no era mujer de perderse y que si se perdía alguna vez sabría encontrarse? No era tampoco probable que hubiese vuelto atrás: debía haberse marchado durante la noche, acometida por uno de aquellos accesos de locomoción, precediendo así la caravana. Teníamos, pues, más probabilidades de hallarla continuando nuestro camino que permaneciendo parados.

No podíamos, sin embargo, dejar de sentir alguna inquietud, pues Beatrix Poles, á pesar de sus excentricidades y sus ridiculeces, es una mujer tan buena y tan valiente, que se ha granjeado la simpatía de todos nosotros. Periéres me propuso poner nuestros caballos á galope para ir en busca de nuestra compañera de viaje, y yo acepté, dejando la caravana algunas horas detrás, bajo la dirección de la señora de Guéran.

LA SULTANA PARISIENSE

No corríamos peligro alguno de perdernos; el pozo de Kakreb, de donde acabábamos de salir, se hallaba á la entrada de un pequeño valle que nos era fácil seguir. Dos grandes montañas casi perpendiculares, el Badab á la derecha y el Waou-Inte á la izquierda, nos tenían como prisioneros y nos trazaban el ca-

mino.

Hacía unas dos horas que galopábamos por aquel vasto llano sin ver aparecer nada en el horizonte y empezábamos á experimentar una verdadera inquietud, cuando Periéres acercó su caballo al mío, y me preguntó:

-- No veis una cosa allí á lo lejos? ¿Es un

árbol, una roca ó un ser humano?

—Se mueve—dije después de un momento

de examen.

-Parece que sí; en efecto, -repuso Periéres.—Corramos si os parece hacia aquel lado. Nos hallaremos tal vez frente á algún beduíno; pero ya casi sabemos pronunciar algunas palabras árabes, y acompañándolas de ademanes expresives, podremos tal vez hacer que nos comprenda.